

LA ENSEÑANZA DEL FRANCÉS Y EL *EFECTO 68*

Por ANTONIO VILLANUEVA.

(Publicado en la revista *Apuntes. CPR de Calatayud*, nº 4. Curso 1996-1997, primer trimestre. Segunda época. Calatayud, CPR, 1996. ISSN 1131-5938)

A Pilar, mi mujer, profesora de Francés.

Uno de los tópicos más enraizados en la enseñanza del Francés es lo que llamo *efecto 68*, que consiste, más o menos, en que el profesor transmite a sus alumnos una imagen hasta cierto punto real, pero de alguna forma idealizada, histórica más que actual, del vecino país. Lo mismo ocurre, por cierto, en Francia, donde los profesores de Español parecen no haberse enterado de nuestra reciente historia política y siguen hablando a sus pupilos de la república, el franquismo y la guerra civil. Consecuencia: los jóvenes piensan que España sigue siendo un país atrasado donde, por ejemplo, las mujeres comen después que sus maridos que, por supuesto, son todos gitanos y toreros.

Ahora que, en el aprendizaje de lenguas modernas, predomina el enfoque comunicativo, se considera que el lenguaje que hay que enseñar es el de todos los días, el de las situaciones cotidianas, en el supermercado, la cafetería o el autobús. Sin embargo, en el caso del francés, persiste el que he llamado *efecto 68*. Es decir, el empecinamiento de algunos docentes en detener el curso de la historia en un año, el 68, y en un mes, mayo. ¡Como si, treinta años después, las cosas no hubieran cambiado!

Algunos no se han enterado --no han podido o no han querido-- de que, en Francia, hay nuevos cantantes, además de Moustaki, y también nuevas canciones, aparte el *Ne me quitte pas*, de Jacques Brel. Que para los jóvenes franceses, Georges Brassens o el mismo Brel son casi tan antiguos --y tan clásicos-- como Edith Piaf o Juliette Greco.

El *efecto 68* se convierte, en el caso de algunos docentes, en verdadero síndrome (pre-depresivo). Simplemente, el tiempo pasa y los que antaño fuimos tan jóvenes, hogaño lo somos menos, a pesar de que nuestros alumnos, los muy pillos, no envejezcan nunca. Para algunos, no hay más Francia que la que fue, la del existencialismo y las movidas estudiantiles, aunque, para los discentes, aquella Francia sea apenas interesante, solamente historia. Resultado: las nostalgias del ayer no son buenas para nadie, no facilitan la comunicación. Ni España es la que fue ni Francia lo es tampoco.

Quizás si recapitulásemos tres décadas de la historia más reciente, podríamos comprender mejor la situación actual:

*Aquellas huelgas y corrillos del 68,
¿qué se hicieron?
Las pintadas y graffitis de antaño,
¿do se fueron?*

En fin, recapitulemos.

El *efecto 68* toma su nombre de los conocidos acontecimientos parisinos de mayo de

aquel año. Unos hechos sin duda importantes, que marcaron a toda una generación, entonces veinteañera y hoy, algunos añitos después, en plena madurez existencial.

No sé si será cierto aquello de que los rebeldes de ayer son los ejecutivos de hoy. Pero, por lo que nos ocupa, es absolutamente veraz que los alumnos (de Francés) de antes son, algunos de ellos, los profesores (de Francés) de ahora. Y, claro, uno siempre se aferra a los tiempos que, sentimentalmente, significaron algo para él, aunque a las nuevas generaciones esa misma época les deje absolutamente indiferentes.

Todos, muchos, algunos al menos, fuimos algo *hippies*, generación *beat*, *cubalibre*, amor libre y *rock'n'roll*, la imaginación al poder y todo eso. En los años 60, algo se movía en Europa. Y en América. Y algo, aunque menos, claro, que para eso estaba la policía franquista, para que nos moviéramos menos, en España. Porque el pueblo siempre bulle, por muy inmovilista que los regímenes sean. En nuestro país, la autocracia del general Franco iniciaba, por aquel entonces, un tímido aperturismo, tanto interno como exterior. Tiempos del desarrollismo y las primeras huelgas de estudiantes, cuando la policía asaltaba la universidad, pero no para estudiar; cuando Aranguren, García Calvo y Tierno Galván eran expulsados de sus cátedras. Años de tecnocracia, con los *lópeces* del *Opus Diaboli*, digo *Dei*. La oscura posguerra había quedado atrás. Desaparecían los estraperlistas y las cartillas de racionamiento y, a cambio, aparecían los especuladores y los primeros turistas; los *guiris* y, sobre todo, las *guiris*, las célebres suecas que poblaron nuestros sueños en el primer desarrollismo hispánico, verdadero mito erótico de nuestro subconsciente colectivo.

El turismo y el *Seiscientos* modernizaron un poco aquella España católica y ultramontana, en la que los españolitos de a pie soñaban con quedarse unos días de *Rodríguez*, para echar una canita al aire. Nada mejor que una buena escapada a Perpignan, que las francesas... ¡ohlalà las francesas! Basta con leer *Ninette y un señor de Murcia*, de Miguel Mihura, para tener una idea de cómo veíamos en España a las francesitas, antes de que llegara Brigitte Bardot que, en lo sexual, fue para nosotros casi tanto como el *Libro rojo* de Mao para los chinos. Perpignan era perfecto porque, además, quedaba al otro lado de los Pirineos y, al fin y al cabo, ya se sabe, la perdición comienza allí. Aquí, con tanta cruzada y tanta reserva espiritual de Occidente, uno no podía *perderse* sin que le remordiera la conciencia y sin rezar diez padrenuestros. En fin, que el culto a Príapo era transpirenaico. La España nacionaljoseantoniana sólo hacía votos a las dos caras del dios Jano y miraba para el otro lado, como sin enterarse de las andanzas galicadas de tanto Juan Español.

En este ambiente tímidamente aperturista, tolerante hasta cierto punto, más por la vía del hecho que por la del derecho, se produce, al final de la década de los sesenta, el archifamoso mayo francés. Y aquello fue el *boom* que nos hizo despertar. Con el 68, vinieron los *Beatles*, llegaron Sartre y Camus; el fantasma de la *liberté* y la *égalité* volvía a recorrer España. Y a medida que crecían Voltaire y Rousseau, las musas del franquismo, Concha Espina o José María Pemán, Ridruejo y Agustín de Foxá, se empequeñecían cada vez más. Y los del *bunker* se enfadaban por tanto rojerío que nos invadía y decían que el Cid se estaba revolviendo en la tumba.

En los colegios religiosos, las monjitas seguían enseñando a las niñas --separadas de los niños, por supuesto-- los principios del Movimiento y el francés de la *politesse*: *Bonjour, Madame; Je vous en prie, Monsieur; S'il vous plaît; Merci beaucoup...* Cada vez que las reverendas hablaban la lengua de Molière, las niñas dejaban de llamarse Pilita o Nievitás,

para convertirse en *Marie du Pilier*, *Marie de la Neige* o *Marieloquefuese*, y tan virginal mención santificaba lo que en aquella lengua hubiere de libertino.

Mientras tanto, los institutos públicos iban poblándose de *hijos del 68*, galicados melencidos, con gafas y macuto, barba y bigote; profesoras *ad lib*, con sandalias y traje ibicenco. Y a los chicos empezaba a sonarles aquello del *Cambio16*, *amnistía y libertá*, gracias a/por culpa de aquellos docentes tan raros, *comunistas todos*, *todos del Pecé* o *vaya usté a saber qué secta judeomasónica*, *diosmío*, *a ver qué hace el Gobierno con tanto rogelio que está aprobando las oposiciones*.

Aquella era la Francia de Brassens y Moustaki, de Sartre y de Camus, de Valéry y Éluard. Un aire renovado se respiraba en todas partes. El 68 francés contribuyó, en la historia de nuestra transición, a la llegada de la democracia. La progresía se hizo eco de las nuevas ideas, anatemizadas por la España oficial. Aún está por estudiar el papel de los docentes, sobre todo los de Francés, en aquel cambio.

Mayo del 68 fue un faro, su prestigio libertario nos renació. Pero el reloj del tiempo nunca se para y lo que entonces fue *hoy*, hoy es *ayer*. Han pasado seis lustros desde entonces y los jóvenes de ahora son del otro *Pecé*, del *Personal Computer*, el ordenador personal.

Las nostalgias del pasado siempre son malas. Hay que superar el *efecto 68*. Y eso es tarea de todos los docentes de Francés. Algunos compañeros han parado su reloj. Francia no es más la que fue. Hoy, los jóvenes franceses comen hamburguesas, mientras oyen a Michael Jackson. Y prefieren leer a Stephen King, antes que a Camus. Sartre es sólo un rollo del manual de Literatura; y de los gordos, porque también sale en el libro de *Filo*; ¡y encima, en el de Francés! Jacques Brel es casi una sombra del ayer. ¿Todavía no os habéis enterado de que existen Céline Dion, Patricia Kaas, Les Innocents...?

Si los jóvenes han cambiado, los profesores también deben hacerlo. ¡Ya está bien de *Le Methèque*, hombre! Francia sigue siendo el país de la diversidad. Su realidad es tan compleja como la nuestra. En su seno, conviven muchas tendencias sociales, progresistas y reaccionarias. Pensemos en Jean-Marie Le Pen, en el sentimiento contra los inmigrantes árabes y negros, en la *nucléarité* de Chirac.

No, Francia ya no vive bajo el *efecto 68* y eso también hay que enseñarlo a los chavales. Aunque muchos profesores parecen no haberse enterado.

Antonio VILLANUEVA